

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Salamanca un mes adelantado 2 rs.—3 id. en Provincias.—6 id. en el Extranjero.—Y 12 en Ultramar.

EL SEMANARIO SALMANTINO,

PERIÓDICO ARTÍSTICO-LITERARIO.

PUNTO DE SUSCRICION.

Salamanca, calle de la Rúa, número 57.
Anuncios y comunicados a precios convencionales.

REVISTA DE LA SEMANA.

Caballeros: ustedes pagarán los diez *perros chicos*, que mensualmente cuesta este periódico, con el laudable fin de leer algo de utilidad, es decir, algo que valga por lo menos nueve perros y tres quintas partes del otro, dejando lo que falta para completar los diez, en beneficio de la publicación y para que sirva de estímulo y recompensa a la juventud estudiosa que con tanto entusiasmo, cultiva en Salamanca la bella literatura.

Yo bien sé que ustedes son arriesgados hasta el extremo de comprometer el patrimonio, heredado de sus venerables mayores, en actos de tanto desprendimiento y generosidad.

Pero lo que no ignoro tampoco es que esa pléyade brillante de jóvenes literatos—atraídos por el maldito cebo de la codicia—olvidándose incautos! de la gloria y del renombre, aspiran tan sólo... a sacar la cabeza caliente y los pies fríos, porque bien presente tengo a aquel célebre lego de marras a quien después de haberse terminado un sermón, le ha sucedido otro tanto.

Pues bien; imaginémonos que yo soy el lego y que ustedes peroran ó, en otros términos, que yo predico y que ustedes me escuchan.

Que resultaría de aquí?... Una de las dos cosas: ó un ataque cerebral ó una expedición al polo Norte.

Aclaremos el misterio.

Ayer me vió un amigo en el café y me dijo: —Hombre; debieras tomar...

Qué? pregunté abriendo un ojo de media vara, creyendo se trataba de un convite.

—Nada, que debieras tomar parte en la redacción de *El Semanario*.

Hay amigos fatales: á veces le invitan á uno á tomar algo, por ejemplo; el sol en el rigor del verano, y se toma una fiebre, calenturas, tercianas, etc. etc. ó el aire en el mes de Enero, y se toma una pulmonía... ¡Comprendo la amistad!... ¡Comprendo los amigos que se sacrifican por sus amigos, ¡Díganlo sino los amigos de Benito.

En fin lo cierto es que yo tomé á mi cargo el escribir la *revista de la semana*, que es lo mismo que si tomase acibar.

El público debe conocerme al menos por tarjeta.

Yo cuando veo al público me digo: «¡Pues si yo he visto esta cara en alguna parte!»

Ultimamente *cierro á blancas* y escribo mi revista sin mas rodeos.

Advierto á ustedes que yo critico; pero no doy revancha para que me critiquen, porque la revancha es una culebra que se enrosca y...

Por lo tanto espero que estas líneas valdrán cuando menos, lo que falta después de las tres quintas partes del último de los *diez perros chicos* que cuesta mensualmente la suscripción á este periódico.

¡Me parece que esto es explicarse con toda claridad!

La semana que acaba de espirar, fué fecunda en emociones y acontecimientos.

¡Como que estamos en Setiembre, la época

de los melones, sandías y calabazas, familia vastísima y de la que hay numerosos y variados ejemplares!

Dispéñeme este modo de señalar la gente de letras, pues no trato de aludirle.

Respeto á los doctores sin pelo de barba y á los poetastros aburridos.

Y á propósito de melones.

En las aceras de nuestras calles, no falta mas que una choza para el guarda del melonar y unos bancos rústicos en que sentarse los compradores, á fin de que la ilusión fuese mas completa.

Las baldosas presentan un paisaje pintoresco: tajadas enteras de melon y sandía se ven esparcidas por aquí y por allá; aquello es la Arcadia moderna; el transeunte puede recostarse dulcemente sobre la verde alfombra, después de pegarse un resbalon y romperse la crisma.

Yo—lo digo con ingenuidad—no quisiera que resbalase el Sr. Alcalde.

Pero vamos al asunto.

Estos ocho dias que se han perdido en el abismo insondable del tiempo, han sido destinados á la feria.

Y la feria no fué de lo peor en su clase, porque han estrenado un uniforme los músicos del hospicio, que guarda alguna semejanza con el de los agentes de orden público.

Y esto ya es algo.

Han corrido las fuentes sin que haya reventado el agua por ningun tubo de la subterránea canería.

Se ha representado en el teatro del Liceo, *En el puño de la espada*, en cuya obra han melido los actores la espada hasta el puño.

En el teatro del Hospital han ocurrido tambien desgracias personales; pero allí lo comprendo, porque al fin y al cabo es *hospital* y es necesario llevar algun cadáver á la pizarra.

Por otra parte, el público, en ciertos dias, tiene corazon de piedra.

Dígame sino la *pedrada* que le han arrimado á un pobre banderillero en la plaza de toros.

Y esto es muy natural.

Después de haberse puesto en escena *D. Juan Tenorio*, *El terremoto de la Martinica* y otros juguetes cómicos pastoriles, las gentes se aficionan á las escenas tiernas y delicadas.

El sentimentalismo está en boga.

La civilización camina á pasos de gigante, como el ferro-carril de Salamanca á Medina del Campo.

¡Ah! Se me olvidaba. Dicen que los mulos y los asnos se venden carísimos.

¡Vea usted ahí! Yo me habia creído que los jumentos se daban por cualquier precio.

Este año no hubo iluminacion en la plaza mayor; pero yo la admiré sin que la hubiese.

Un *charro* me ha dado un pisoton en el pié con el que he visto las estrellas, es decir, todo el sistema de Copérnico, que es una iluminacion como otra cosa cualquiera.

Pero, en honor de la verdad, tengo que disculpar al *charro*: iba de prisa; su objeto era visitar la *Historia natural*.

Tambien ha habido un baile en el *Casino*. Y un baile en estos tiempos, significa mas de lo que ustedes se presumen y sobre todo, cuando no es el baile de San Vito, porque este no guarda compás.

Un baile es la esposicion de la belleza; pero de la belleza voluptuosa, incitante, arrebatadora; porque allí todo es aéreo, fantástico y vaporoso.

Sombras chinecas se agitan en el espacio; las damas sonrien al caérseles una flor de la cabeza ó al sentir que las pisan la cola del vestido; pero con esa sonrisa de muger que parece decir: «¡Te veo, besugol!»

Un baile es la feria de los corazones; allí se vende todo, se estudia todo; hasta la menor mirada; la que se lanza con el rabillo del ojo ó la que, aparentando la espresion mas suave del pudor, parece observar los caprichosos dibujos de la alfombra que pisan zapatitos de raso y acaso botas de charol y hasta de becerro mate.

Y por fin viene la crítica.

Y la crítica cuenta las flores de la cabeza, corta los vestidos, dá lustre á las botas, observa recosido el raso de los zapatos y en una palabra, le desnuda á uno hasta de camisa.

¡Y después de todo dirán ustedes que un baile no tiene sus atractivos!....

Quienes han salido ganando con el bullicio general han sido los chicos; cada uno de ellos (que monada! se ha comprado su *pito* correspondiente. Doy la enhorabuena á los sordos.

Ni los tamboriles, ni *tiri-nenes*, ni aquellos caballos de pura raza andaluza que espuso en su comercio la viuda de Lurasqui, y que parecian estar esperando un ginete infantil, han obtenido aceptacion; todo tuvo que ceder el puesto de honor á el *pito*; así es que la feria fué una *pitada* general, fué la *feria-pito*, porque estas dos palabras ya son sinónimas.

De modo que, desde aquí en adelante, cuando á ustedes les interese poco una cosa y tengan que exclamar:

—¡Eso no me importa tres pitos!

Puede variar la frase y decir;

—¡Eso no me importa tres ferias!

Comprendo que el *pito* esté en vaga, por que hay ocasiones y, en España mas que en otro país, en que el *pito* es artículo de primera necesidad; pero lo que no comprendo es el siguiente diálogo que he oido la otra tarde.

—Sabrá usted, vecino, que yo tenia un tiesto en mi balcon.

—Sí, recuerdo.....

—Pues bien; en ese tiesto he plantado garbanzos.

—¡Oh! ¡Es una idea feliz! No habia yo dado en eso de recoger la cosecha en mi propia casa; pero lo tendré presente, porque el comestible está por las nuves.

—Los garbanzos eran muy buenos y....

—Los ha regado usted?

—Sí que los he regado; aunque algo de agua me ha caido desde el balcon á la calle; pero ¿A que no sabe usted lo que me á salido en el tiesto?

—¡Toma! Le saldrian á usted garbanzos.

—¡Cál No señor; lo que me ha salido fué un municipal que me ha hecho pagar la multa.

He dicho y repito que no comprendo este diálogo, pues falta el lugar de la acción, ni lo comprenderá tampoco ningún transeunte en Salamanca, porque aquí no sale del tiesto municipal alguno, aunque arroje usted todo el Tórmes por la ventana. ¡A tanto llega la vigilancia pública!!

En cambio las cubetas mingitorias de la Plaza mayor se ostentan con aire de orgullo feudal despreciando el tiempo y las generaciones. Llevan impreso en su arquitectura el sello de la inmortalidad. Desconocen el pudor; pero perfuman la atmósfera. Recuerdo aquello del poeta:

«Yo siento aquí un ambiente de inmensa languidez».....

Ustedes no tendrán narices para tanto perfume; pero si las tuviesen ya se las hubieran roto en una noche, en que no alumbrase la luna, por esas calles de Dios.

¡Oh! ¡El petróleo!!!... ¡El petróleo!!

Los toros han dado juego; pero mucho juego. Figúrense ustedes si sería juego cuando han dejado herido al picador Pinto.

¡Que juegos mas inocentes!

Pero váyase lo uno por lo otro, pues, para matar á un toro en la última corrida disputaban un banderillero y un sobresaliente y ninguno se atrevía á acercarse al animal; aquello fué una carnicería.

Semejantes espectáculos son propios de un pueblo culto. ¡Que país, que paisaje y que paisanaje!

El paseo de la Plaza ha estado animadísimo; ¡Como que ha habido alguno que otro bofetón! Y eso que estaba el tiempo fresco.

Esta clase de animación es peculiar de nuestro carácter y tradicional en nuestras costumbres. El consuelo que nos queda es que siempre hemos sido del mismo modo. ¡Al fin y al cabo españoles!...

Otro sí.—Los charros obstruían el paso en la acera del Ayuntamiento quedándose adormecidos con los acordes de la orquesta.

¡Orfeo amansaba las fieras con el canto!

La plazuela de la Libertad, punto céntrico de la feria, estuvo tan curiosa con sus tiendas, sus faroles y su *tio-vivo*. Hasta el monumento que hay en medio me ha parecido mas airoso y eso que ó le sobra *columna* ó le falta *leon*. Algo se me pudiera ocurrir sobre esta belleza arquitectónica pero me abstenga de comentarios por no meterme en dibujos. Hay cierto terreno tan resbaladizo que parece que le han dado de jabón y sebo y, por otra parte, señores, me presumo que ya he dicho lo bastante.

Hasta mas ver y abrigarse, pues, corre un airecillo que se chupa uno las uñas.

Lo siento por algunos que las tienen largas, pues, pueden hacerse daño en la lengua.

Alfredo G. Dóriga.

PODER DE LA CIENCIA.

¡Ciencia!... ¡Genio!... Palabras sublimes que dan á conocer, que revelan á la inmensa mayoría del género humano que el hombre no ha sido formado por el divino escultor del universo, para el mismo fin que los demás seres animados. Palabras que indican que este misterioso ser nació para pensar, y que de su mente animada

por un rayo del divino espíritu, pueden brotar también rayos de luz que, derramándose á la manera de las lenguas de los apóstoles sobre los demás hombres sus hermanos, reciban con ellos el placer, la salud y la vida.

En efecto, guiado el hombre por las radiantes luces de la ciencia, sondea la profundidad de los abismos, descubre el origen de las corrientes, admira los monstruos y los prodigios que el mar esconde en su seno, penetra en las selvas y sierras, toca las raíces de los altos montes, vé sus bóvedas y los surtidores de las fuentes, nota la estructura del globo y la rudeza de los preciosos minerales. Sube á las eminencias, vé las rocas que han quedado desnudas de los terrenos que poco á poco se llevaron las aguas, trasladándolas á otros países.

Allí admira el curso que llevan las riberas, casi paralelo al de las montañas; á quienes han formado, desformando la antigua escara de la tierra. Contempla las fuerzas de estas finísimas limas de agua que roen incesantemente los fundamentos de los montes. Levanta sus ojos, dirige sus miradas á las estrellas, nota sus lugares y aspectos y deduce de todo útiles y fecundas consecuencias y comprende por último que la ciencia fortalece á la juventud y alegra la edad decrepita; que es un adorno en la prosperidad y un gran asilo en la adversidad; que la libertad, los honores y la felicidad siguen en pos de ella.

Empero, de todas las ciencias que los hombres pensadores han investigado, ninguna acaso cuyos arcanos sean mas difíciles de penetrar, ni cuyos descubrimientos sean de mas utilidad al género humano que la conocida con el nombre de medicina. ¡Dichoso el hombre que al salir á luz en un mundo de miseria, de llanto y de dolor, y teniendo como los demás que llenar en él una misión, sea esta la de llevar á todas horas la salud, el consuelo, la esperanza al desgraciado que sufre! ¡Misión, sin embargo, triste, espinosa, desgarradora! puesto que le condena á vivir siempre entre el llanto, la desolación y la muerte! Y no se crea jamás que su sensibilidad se embote; al contrario, guiado por la caridad, por ese dulcísimo afecto que lastima el corazón y que legó á la tierra regándola con su sangre, el que exhaló su último aliento en una cruz, penetra con inconcebible abnegación, con ánimo sereno y apacible en esas casas donde tiene su asiento la mas espantosa miseria, no se detiene ante el cuadro repugnante que á su vista se ofrece; para el médico la indigencia no es sino un estímulo mas á su misión humanitaria; y no es mas acreedor á sus cuidados el pobre que tiene por lecho una tarima, y por almohada unos pobres arapos, que el poderoso que yace tendido sobre dorado lecho cubierto de riquísimas colgaduras.

Con rostro impasible y frío, procurando aparecer exento de emociones, se acerca al lecho del moribundo y ante las lástimosas aves de una familia desolada. Se encuentra con la desesperación de un enfermo que, agobiado por una de esas enfermedades largas é incurables, no alcanza la mas ligera esperanza de su vida, y entonces tiene que unir los consuelos morales á los consuelos de la ciencia; las reflexiones propias á tranquilizar el espíritu á las cifras que escribe en su receta. Oye, sin embargo, el lenguaje desdeñoso é insolente del enfermo que tal vez ha perdido su fe en la ciencia. Además el médico tiene que estar dotado no sólo de una inmensa fuerza de voluntad, sino de un valor á toda prueba, máxime cuando tiene que practicar operaciones de las cuales depende exclusivamente la vida de los enfermos. Y este valor tanto ó mas heroico que el del guerrero, debiera ser á todas luces mas meritorio á los ojos de la humanidad, porque el guerrero ostenta su valor en medio de los campos, á la vista y con auxilio de millares de compañeros escitando su valor no solo el instinto de la propia conservación, sino el ruido de los cañones, el eco de los

clarines, el relincho de los caballos, y por último, le sonríe en lontananza, el fantasma de la gloria con sus laureles y vanidosas pompas. Pero el médico se presenta delante del lecho del moribundo, teniendo por arma su aparato y su ciencia, por auxiliares algunos jóvenes practicantes, émulos de su saber; y en medio del silencio mas profundo, luchando quizá con mil temores que desgarran su corazón, practica la difícilísima operación, la separación de un miembro corrompido, y al finalizar su empresa sin ruido, sin vanidad y sin gloria, ha vuelto á la vida á un hombre que era ya casi cadáver, devolviendo un hijo á su madre, un esposo á su esposa ó un padre á sus hijos. ¡Y cuantos han sido los adelantos que silenciosamente y de día en día ha ido haciendo las ciencias médicas! ¡Cuántas operaciones se practican en el día que eran desconocidas en la antigüedad ó no podían ejecutarse ya por falta de instrumentos ó ya también por considerar los imposibles, física y moralmente! ¡Cuanto debe la humanidad á esas lumbreras de la ciencia que pasando la mayor parte de su vida entre las miserias de los hospitales y los gabinetes de anatomía, han llegado á conocer profundamente el modo de funcionar de todos los órganos, las relaciones y simpatías que entre ellos existen, y el modo de separar absolutamente algunos de ellos sin que su separación pueda ni aun poner en peligro la vida de los pacientes. Admiración causa no sólo á los profanos, sino á los mismos que se dedican á su estudio, la facilidad con que se ejecutan en el día, la mayor parte de las operaciones quirúrgicas; pero de todas cuantas se han inventado en estos últimos siglos, ninguna hace tan grande, tan sublime al médico como la operación de la catarata. En ninguna puede aplicarse con mas razón el epíteto de divino que el padre de la medicina daba al médico filósofo, *medicus deo similis*. Y en efecto ¿podrá haber una operación en cuyos resultados mayor satisfacción se encuentre, que en aquella que consiste no en privar de un miembro á una criatura, por mas que con esta privación se la conserve la vida, si no devolverle el órgano mas precioso de que se hallaba privado, después de haberse concedido el Supremo ser! ¡Desdichada criatura! Había visto el sol en su infancia colorear con sus rayos de oro el espacio, los montes y las florestas, ríe en las ondas de los mares y animar la creación entera; después por una serie de padecimientos amargos, una densa nube había ido cubriendo lentamente su pupila con un denso velo, hasta convertir aquella floresta, aquellos mares, el azul del espacio y todo el cuadro encantador de la naturaleza, en una oscuridad inmensa, duradera, eterna, en una noche sin fin, como la eterna noche de los condenados, y la alegría, la ilusión y la esperanza había huido de su alma, al mismo tiempo que había desaparecido la luz de sus ojos. ¡Desdichada criatura! Para ella ya no había formas, colores ni bellezas: para ella se había concluido la tierna mirada de su madre que tantas caricias y tantos amores le revelaba en la niñez; para ella se había concluido lo mas hermoso con que el Eterno ha dotado á los que forma á su semejanza y para ella ya no quedaban en la tierra mas que días de llanto y desesperación. Pues bien, esta alma desconsolada de repente y sin sentir apenas dolores (pues hasta eso tiene de bueno la citada operación) se la manda abrir sus ojos, lo ejecuta y se estremece de placer: se vuelve á todas partes, cree que sueña ó que es presa de una pesadilla placentera, y por último ríe, llora, no sabe darse razón de lo que le pasa, tal vez tiene momentos de delirio, porque llega á convenirse que no es una ilusión lo que sucede á su alrededor, ha vuelto á ver la luz, los colores, el cielo y los objetos mas queridos de su corazón; y por último, sumida en un éxtasis religioso, cae de hinojos rindiendo gracias al cie-

lo porque antes de su desgracia y ahora en su alegría no podía ni puede comprender que un hombre, que el médico, quien sin hacerla padecer la ha practicado aquella operación, haya podido devolverla la vista, porque ella la consideraba solamente obra de Dios. —L. G. M.

Leyendas y tradiciones del Rhin de Bate á Rotterdam de T. G. Kiefer.

Enginard y Emma ó La Abadía de Seligenstadt. Traducción de D. Pedro Sanchez Ledesma.

(Continuación.)

Te tomaré en mis brazos y te llevaré á tu habitación, de este modo no se verán mas que las pisadas de una muger y nadie sospechará de mí.

«Escarlante ardid de muger,» dijo Enginard, sonriendo; «pero creo que te faltaron las fuerzas,» y temiendo que la jóven sucumbiera con el peso de su cuerpo, rehusó desde luego aceptar la proposición. Sin embargo, las instancias de Emma y la imposibilidad de ponerla de otra manera, al abrigo de toda sospecha, acallaron los escrúpulos de su ternura y se dejó llevar por Emma, desde el patio á su habitación; mas ¡ay! la desgracia quiso que esta expedición nocturna, alumbrada por la luna, fuese descubierta.

Extraordinariamente agitado por sus cuidados y zozobras, (como debe suceder con frecuencia al jefe de un vasto imperio) Carlo-Magno esperaba en vano esta noche el sueño tan deseado. Inquieto y sin poder lograr el apetecido descanso, se levantó y pasó á una habitación inmediata. Desde el balcon que dominaba el patio vió abrazar á una dama que conducía en sus brazos á un caballero. Instigado por la curiosidad se acercó al balcon. Cual sería su asombro al reconocer á Emma y á Enginard. Gran trabajo costó á Carlo-Magno dominar los impulsos violentos que se apoderaron de él á la vista de esta escena; sin embargo, se retiró á su habitación sin que nadie se percibiera de ello. Al día siguiente convocó el consejo; Enginard asistió á la deliberación de sus consejeros la siguiente pregunta: «¿Qué merece la hija de un rey que por las noches y á escondidas ha recibido á un amante en su habitación?» Los consejeros reflexionaron un momento, y despues decidieron que las faltas de amor reclamaban indulgencia. Carlos no replicó; pero volvió á preguntar: «¿Y qué merece un simple gentil-hombre que mantiene amores clandestinos con la hija de su rey y pasa la noche junto á ella?» Los consejeros estuvieron unánimes en declarar que merecía perdón. Empero, Enginard, que hasta entonces habia permanecido pálido y mudo, dijo con voz fuerte y nérjica «merece la muerte;» sorprendido de esta última sentencia el emperador, se acercó á él y le dijo: «La muerte sería pena demasiado severa; pero el destierro conviene á un criminal de esta especie, lo mismo que á la hija que se ha olvidado de sus deberes. Que viva despojada de su rango, lejos de los suyos, en tierra estraña, con el objeto de su pasión.»

Al día siguiente, cuando los primeros rayos de la aurora coloraban apenas el cielo, viéronse dos peregrinos que se dirigian por el camino de Mance; desde aquí, abandonando el camino se internaron en la espesura del bosque. Entrada la noche, cuando fatigados por una penosa jornada, buscaban un asilo donde descansar, encontraron una cabaña de un carbonero; este les dió hospitalidad. Al día siguiente aventurándose á ir mas lejos, llegaron á un campo raso del bosque desde donde se gozaba de una vista deliciosa: este sitio agradó á los dos; un manantial que brotaba de la tierra y praderas ricamente esmaltadas se estendian hasta las orillas de un rio

próximo. Los amantes reposaron un momento, comenzaron á verse libres de la angustia que los habia tenido encadenados desde el momento de su espulsion, y aqui fueron ya dueños de si mismos. En medio de sus dolorosas expansiones, se acusaban de haber merecido su triste suerte y juraron hacerse olvidar mutuamente la amargura de su destino por un acrecentamiento de ternura. Resolvieron establecerse en este valle encantador y hacerse en él una cabaña; pastores del contorno cedieron á Enginard vacas, ovejas y los utensilios necesarios á un ajuar rústico en cambio de algunas joyas que habia llevado consigo. Construyó una cabaña estensa y cómoda: el amor sazónaba sus sencillas comidas y no echaron de menos para nada el esplendor que les habia rodeado en la corte. Seis años se pasaron tan rápidos, como seis meses en este retiro y su dicha se aumentó mas con el nacimiento de dos niños que estrechaban mas los lazos de su amor.

(Se concluirá.)

VARIEDADES.

CANTINELA.

Vagando un dia
Por cierta selva,
Verde y frondosa,
Larga y espesa,
Vi allá en el fondo
De la arboleda,
Hermosa casa
Blanca y esbelta,
Como paloma
Que entre la yerba
Sus alas tiende
Libre de pena.
Frondosa parra
Sombra le presta,
Y entre sus ramas
Cantan parleras
Plntadas aves
Dulces endechas;
Entre sus giras
Las auras llovan
El suave aroma
De la azucena,
Del blanco lirio,
De las violetas
Y de mil flores
Que se cimbrean
A lénue soplo
De brisa inquieta.

Casita blanca
De la arboleda,
En tu recinto
Mi alma desca
Que la que adoro
Viva contenta.
¡Cuanta mi dicha
Vagar con ella
Bajo las ramas
De la arboleda!
Orlar con flores
Sus largas trenzas;
Sentarnos juntos
En la rivera
Del manso arroyo,
Que entre la yerba,
Su linfa arrastra
Limpia y serena;
Decirle amores,
Oír sus respuestas,
Por contentarla
Fingirle quejas.
¡Siempre á su lado!
¡Siempre con ella!

Casita blanca

De la arboleda,
Cuando mi amada
Mi esposa sea,
Juntos iremos
Por la vereda
Que su fin tiene
Junto á tu cerca,
Y hasta ese dia
Los cielos quieran
Goces tranquila
De paz completa;
Que no blanqueen
Tus alamedas
Las tristes nieves
De la alta sierra,
Que no se tronchen
Tus flores bellas,
Que no se seque
Jamás la yerba
Que de esmeralda
Tus muros cerca,
Y que las aves
Frente tu puerta
Entonen siempre
Dulces endechas.

Salamanca 17 de Agosto de 1876.

«Compare, er de la borrica.—Quiere usté jaser un trato—con un pollino que tengo?—No hay inconveniente, vamos»—Como podeis suponer—era que cierto gitano—pensaba, cual hacen siempre,—engañar á un pobre charro.—«Aquí teneis er borrico;—anda que lo lleva er diablo;—no tiene ni un alifafe;—solo cuenta cuatro años;—come poquito, tan solo—siete fanegas al año;—apesar de eso lo vé—tan hermoso y tan gallardo.—Conque al avio y á ver—si podemos arreglarnos.—Por supuesto á sanía—yo no trato de engañaros,—y si descubre una maca—en todo er cuerpo del asno,—soy capá por mi salú,—de cojerlo y regalároslo»—«Bueno dijo el Salmantino»—si me conviene que hagamos—el cambio, yo ya le he dicho—que por mi no habrá reparo.—Entérese de la burra—que apesar de estar de parto,—vino ayer desde Morille—en poco mas de hora y cuarto.—Jamás la ha visto el albeitar;—no hay nada que la haga daño;—y lo mismo come trigo—que cebada, que garbanzós.—«En fin, despues [que los dos—por su parte, enumeraron—las diversas cualidades—de los respectivos asnos,—se pusieron á tratar—las condiciones del cambio.—«Cuanto me vais á volver—encima? dijo el gitano;—porque bien conocereis—que si la burra del parto—se me muere, pierdo yo—la limosna con el Santo.»—«Muy justo, dijo el paleta;—eso es ponerse en el caso;—Vamos á ver que pedis—de vuelta por vuestro asno—y si es cosa razonable—los aparejos trocamos—usté se queda en el teso—y yo á Morille me marchó.»—«¡Eso es hablar como un hombre!—¡Bien por un moso temple!—Pues misté—páque no andemos—dos horas regateando—me vá usté á dar siete duros—y aquí paz y despues... trago.»—«Hombre, me parece mucho,—eso es pedir demasiado.»—«Pue; cuanto me vá á mandar?»—«A ese dis-

parate callo»—«Pero mande alguna cosa—ya jaremos un rebajo.»—«Yo no le puedo dar mas—de vuelta, que trece cuartos.»—«¡Habrás visto otra cosa!»—«¡Por la calva de S. Pablo!»—«¡Por todos los santos muertos!»—«¡Y por las niñas del diablo!»—«Usted está loco güen hombre—¡Vaya un tio mas gasnápiro!—rebajarme de un tiron—na mas que hasta trece cuartos!»—«Pero soy mu cabayero—deme esos pocos de clavos—y que le haga güen provecho—pá en lo sucesivo el asno.»—Reconocieron las bestias;—mudaron todos sus bártulos; echaron el alboroque—en un sucio tabernáculo—y al despedirse, le dijo—con mucha sorna el gitano.—«Cuide usted bien esa alhaja—no le vaya á dar un pasmo;—y no se vaya á perder—si jase algun otro cambio.»—El burro que dió el bohemio,—tenia diez y seis años,—tropezaba á cada instante;—era además medio manco—y no le hacia mover—ni un cañon de á veinticuatro.—Pero en cambio la borrica—á los dos dias escasos—le dió gana de parir—y se le quedó en el parto.—Aquí pregunto; cuál fué de los dos el engañado?

Catilinaria. ¿Hasta cuando han de continuar las piedras y los escombros obstruyendo el paso de la calle de San Buenaventura? ¿Hasta cuando han de tener los transeuntes que refugiarse, temblando, en el quicio de las puertas si acierta á pasar por aquella alguna caballería? Hasta cuando han de verse precisados á ir de uno en uno como por estrecho desfiladero? ¿Hasta cuando la calle de San Buenaventura ha de seguir siéndolo de mala para algunos que tienen que atravesarla cuando las aguas y las nieves convierten en lodazal inundo su sucio pavimento?—¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! El Ayuntamiento lo sabe, el público lo contempla, los afligidos vecinos de la malhadada calle de San Buenaventura presentan *quejumbrosa* exposicion... y sin embargo, trascurren meses y meses, y el mal no se remedia, y los escombros y las piedras no desaparecen, y el escándalo continúa, y....

«En tanto el mundo sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío».

El dia 10 del corriente, tuvo lugar en el prado de Panaderos, una escena que hubiera quizás llegado á ser de fatales resultados para alguno de sus actores, á no mediar la oportuna intervencion de los alféreces graduados Sres. Zorila y Gomez.

Fué el caso del modo siguiente:

Hallábanse bailando algunos jóvenes de pueblos inmediatos y otros de esta localidad, cuando á consecuencia de palabras mal sonantes de una parte y otra, enarbolaron todos sus bastones y palos no faltando alguno que sacara á luz una navaja y trocóse lo que era prado de Panaderos en campo de Agramante. En estos momentos fué cuando los mencionados sargentos, desenvainando sus sables y lanzándose con arrojío en medio de los contendientes, lograron apaciguar los ánimos, si bien teniendo que emplear algun argumento de los que no estudia la dialéctica.

Hubiera ocurrido semejante escándalo si hubieran aislado al prado de Panaderos el número suficiente de individuos de orden público? Creemos que no.

El jueves tuvimos el gusto de asistir al baile celebrado por la sociedad del Casino, en donde

se hallaban reunidas, como en ameno pensil, las flores mas bellas de la rivera del Tormes. Sensible fué que tan brillante sociedad careciera de la animacion y alegría que siempre deben dominar en esta clase de reuniones, y fué mucho mas sensible que por una apatía indisculpable no aspirasen los Sres. socios á ser favorecidos por las lindas señoritas que honraban el salon con su asistencia.

Esperamos de la reconocida galantería de los socios del Casino que corregirán en adelante, la indeliberada falta cometida la noche del jueves.

Oposiciones. Ayer empezaron los ejercicios de oposicion á la Canongía Magistral, vacante en esta Sta. Basílica, por haber sido elevado á la Silla de Segovia el Dr. D. Antonio Garcia y Fernandez. La proposicion sacada por suerte del Lib. II de las Distinciones del Maestro de las Sentencias estaba concebida en estos términos: «*peccatum originale transfunditur in omnes Adae posteros, non vero peccatum actuale.*» Fué sostenida por el Lic. D. Lorenzo Dominguez, Ecónomo de la parroquia de la Catedral, y presentaron argumentos los Lic.^s D. Benigno Felipe Canal, Párroco de Valverde de Béjar y D. Juan Manuel Bellido, Catedrático del Seminario Central de esta Ciudad.

Con gusto asistimos á esta clase de ejercicios que nos recuerdan los buenos tiempos de nuestros escolásticos que tanta gloria dieron á nuestra patria con sus profundos escritos y tanto se distinguieron por sus discursos pronunciados en las diferentes sesiones del Concilio Tridentino.

Interesantisimo. En la redaccion del *Semanario Salmantino*, Rua 57, se hallan en sesion permanente, varios jóvenes, todos en estado de merecer, dispuestos á entregar sus blancas manos (algunas tiran á negro) á las señoritas que reunan las siguientes condiciones:

- 1.^a Que tengan mas de 16 años y menos de 25.
- 2.^a Que sean, ni muy gruesas ni muy delgadas, ni altas ni bajas.
- 3.^a Que sean bellas á juicio de los peritos nombrados al efecto.
- 4.^a Que no hablen mucho ni poco, por aquello de que «*in medio virtus.*»
- 5.^a Que tengan de dote 25.000 duros y no tengan.... *primos.*
- 6.^a y última. Que se contenten con lo que se les dé y no suspiren por lo que queda.

Advertencia. Se reciben solicitudes desde esta fecha y á las niñas, si son bellas, se las anuncia *gratis.*

CHARADA.

En la cuarta prima estoy
Componiendo esta charada,
No ha de tener prima cuatro
La fruta que á mi me agrada;
A fuerza de desengaños
Tercia cuatro está mi alma;
No siempre dos prima encuentra
El que en buscarla se afana.
¿Quieres que me cuatro tres?
Pues búscame una muchacha,
A mas de linda, dos cuatro
Aunque dos cuatro me basta
No sigo.... verás mi todo,
Si no estás ciego en la plaza.

Solucion á la charada del número anterior.

No será malo que anote,
Por si no lo adivinaste,
Que mi charada es *pelote.*

Solucion á la fuga de consonantes.

A MI CORAZON.

Al Parnaso, corazon,
subías en tu inocencia,
seguro que en su eminencia
hallabas inspiracion;
hoy, que en distinta aficion
corriendo tras los favores
de mundanales amores
vas con loca confianza,
donde buscas esperanza
sueles encontrar dolores.

Rodriguez de la Torre.

ANUNCIOS.

Teniendo que ausentarse de esta Ciudad el representante en objetos de oro que reside en la Fonda Burgalesa, lo avisa á las personas que tienen algunos objetos retirados, para que pasen á recogerlos en el término de 48 horas.

GRAN BARATO DE PARAGUAS.

Liquidacion positiva por solo dos dias, de paraguas de algodón y de seda, abanicos, anucas, corbatas de piel y tapabocas.

Manguitos á 26 reales.

HOY ÚLTIMO DIA DE VENTA.

Plaza del Corriño, núm. 5.

Poesias de D. Teodoro R. de la Torre. Se hallan de venta en esta y las principales librerías, al precio de 4 rs. en Salamanca y 5 fuera.

Derecho Civil general y foral de España,

O sea Resúmen ordenado de las leyes vigentes en los varios territorios que forman la monarquía Española y de las decisiones del tribunal supremo que establecen jurisprudencia, con un apéndice sobre las disposiciones de derecho civil que rigen en las provincias de Ultramar, por D. José Antonio Elias, Abogado de los Tribunales del Reino,

El Derecho civil general y foral de España, se publicará por cuadernos de 6 pliegos de 8 páginas en 4.^o, al precio de

CUATRO REALES.

Mensualmente verán á luz uno ó dos cuadernos, y constará la obra de dos tomos de unas de 500 páginas cada uno.

Se suscribe en la imprenta de este periódico, Rua, 57.

SEMANTARIO SALMANTINO,

Periódico Artístico-Literario.

Precios de suscripcion.—6 reales trimestre en Salamanca y 9 en las demás poblaciones.

Se suscribe en la Administracion é imprenta de este periódico, Rua, 57.

Comunicados y anuncios á 1 real línea, y á medio real para los Sres. suscritores.

En la calle Nueva, casa de D. Cesáreo Garcia, hay á la venta toda clase de libros religiosos, y se hacen encargos.

SALAMANCA:

IMP. DE LA V. DE VAZQUEZ É HIJO,

calle de la Rua, núm. 57.